

# MARTINA TABÚ



LUISA  CISNEROS

# **Martina Tabú: Hippie feliz parte 3**

Luisa M. Cisneros

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing  
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Luisa M. Cisneros:  
Facebook: <https://web.facebook.com/luisamarcisneros>  
Twitter: <https://twitter.com/luisamcisneros>  
Amazon: <https://amazon.com/author/luisamcisneros>

## Capítulo 1

Aquella noche, Martina durmió en un sofá desconocido en el salón de su propia casa. La sensación de ser una extraña en un piso en el que había vivido antes tantos años le hizo un nudo extraño en el pecho. A pesar de la alegría por haber cerrado una etapa, la del nomadismo, para iniciar otra distinta, su llegada atropellada a su propio piso le había provocado un extraño sentimiento de irrealidad, como si le costase distinguir entre la familiaridad del sueño y la normalidad de la vigilia.

Mientras despertaba en aquel sofá enorme y ajado, se dijo que tendría que acordarse de esa sensación para poder expresar algo al respecto en la novela que tenía que escribir para la editorial. Sería una manera de comentar el choque entre el viajero y su vida anterior, que ha seguido adelante mientras no estaba. Aunque, la verdad, Martina dudaba mucho que otros viajeros se encontrasen con semejante estampa al regresar.

Martina se había pasado los últimos seis meses de periplo por Europa. Había visto gran parte de Europa Central, probado manjares exquisitos y conocido a gente de lo más dispar. Había hecho amigos en Holanda, Alemania y Chequia. Se había enamorado un poco y demasiado, y había tenido que decir adiós a personas que le habían dejado un profundo hueco en el corazón, como Luis Alberto. Lo había hecho para poder continuar libre y sin ataduras en busca de su lugar en el mundo. En busca de su propia identidad.

Su viaje había terminado casi sin pretenderlo, cuando un editor había contactado con ella para decirle el gran éxito que había cosechado el blog en el que comentaba sus aventuras por Europa. Martina había ayudado accidentalmente a decenas de personas a dar el paso y buscar sus propias identidades sin apenas darse cuenta. Con el simple hecho de compartir sus vivencias había dado alas a los sueños de otros. Era una sensación increíble, una mezcla de placer y temor, de responsabilidad y satisfacción, que se había vuelto adictiva hasta cierto punto.

Cuando le habían propuesto que escribiera más libros sobre el tema, Martina se había dado cuenta de que no había nada que consultar. Era su sueño. Había regresado a España con el propósito de hablar con la editorial largo y tendido, y quizá también recuperar su vida allá donde la había dejado.

Pero su vida había seguido adelante casi sin su permiso. Oh, de esa resaca aún debía terminar de despertar.

—Hola, Martina. ¿Estás despierta?

La voz, suave y femenina, le era desconocida. Martina levantó la mirada desde el sofá y se frotó los ojos, aturdida todavía. Sentía los labios hinchados y la boca pastosa, y estaba segura de que había babeado durante la noche lo suficiente para que se le formase una costra fea en torno a los labios. Se apresuró a limpiársela con la base de la mano.

—Ehm... Sí.

—Federico y yo vamos a ponernos el desayuno. ¿Quieres algo tú? ¿Qué desayunas?

Martina parpadeó. La forma de la mujer se volvía algo más nítida. Distinguió su tez morena y el pelo rojo oscuro, que caía en bucles preciosos sobre los hombros. Johanna. Estaba segura de que así se había presentado la noche anterior, cuando Máxima había hecho el anuncio general.

—¿Café?

—Vale, pues que sepas que tienes café recién hecho en la cocina. Ven cuando quieras.

—Gracias.

La mujer cerró la puerta tras de sí, volviendo a dejarla sola. Martina se pasó una mano por la frente y suspiró. Su casa estaba llena de personas desconocidas. Todavía iba a tener que acostumbrarse a ello, sí.

Pastèque, su gato, saltó del suelo al sofá y del sofá a su regazo, como si no hubiese entendido que era momento de levantarse. El precioso persa blanco ronroneó contra su vientre en busca de caricias. Ella se entretuvo en atenderlo porque no se sentía con fuerzas suficientes como para enfrentarse a lo que quiera que hubiese en esa cocina. Debía de ser medio tonta por no ser capaz de actuar como una persona adulta y madura, pero la situación empezaba a superarla.

Por algún motivo, se cambió el pijama y se puso ropa de calle, como si en vez de en su propia casa se encontrase en la de otra persona, y arrastró los pies hasta la cocina, siguiendo el aroma del café prometido. Su cocina había cambiado considerablemente. Antes de irse, había vendido la mayor parte de los muebles y electrodomésticos. Al instalarse allí, los nuevos inquilinos, entre ellos sus amigos Máxima y Gabriel, se habían traído los suyos. Si las cuentas no le fallaban, allí vivían seis personas, siete con ella misma. Definitivamente no iban a poder sobrevivir con su minimalismo anterior.

En la cocina, Johanna, la chica pelirroja, tomaba café apoyada en una de las encimeras. Llevaba una amplia camisa de pijama, varias tallas más grande de lo que necesitaba, y la piel tostada le asomaba generosamente por el hueco que dejaba el cuello amplio. Sentado en la mesa había un hombre de unos treinta y pocos, con el pelo rizado y oscuro y enormes ojos castaños. Tomaba un tazón de cereales de avena con leche de soja mientras hacía un sudoku recortado de un periódico.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa inmensa. Su manera de hablar era peculiar; se notaba que tenía un leve deje italiano—. La bella durmiente.

—Todavía es pronto —le contestó la otra chica—. Déjala que se despierte. ¿Cómo tomas el café?

—Con leche.

—¿Y azúcar?

—Una.

Se sentó al otro lado de la mesa de la cocina y esperó a que la chica le sirviera el café de la cafetera. Le puso la taza frente a ella y le ofreció un paquete de galletas y otro de magdalenas. Federico puso a su alcance la caja de cereales sin dejar de sonreírle.

—¿Y Máxima y Gabriel? —preguntó con una voz leve, como si no se atreviera a alzarla en su propia casa.

—Están trabajando —informó Johanna—. A esta hora solo estamos nosotros. Bueno, y Valeria. Valeria trabaja en casa y a la hora que le da la gana, así que creo que ahora mismo estará dormida. Rafa estudia; volverá para la hora de comer.

Martina tomó un sorbo de café y miró a sus acompañantes de reojo, inquieta.

—¿Rafa es el chico de los *piercings*?

—Sí —dijo Johanna—. Le caíste muy bien. Seguro que luego quiere charlar contigo un rato.

—Ah. Bien, sí...

Johanna desvió su atención de ella y hundió los dedos en el cabello de Federico, que dejó escapar un ronroneo suave. El pelo de Federico tenía aspecto de ser suave y mullido. Por un momento, la propia Martina se preguntó el tacto que tendría, pero no tardó en sacudir la cabeza. Federico rozó el muslo semidesnudo de Johanna sin dejar de comer cereales y subió la mano hasta su trasero, como si tal cosa.

Martina frunció el ceño y bajó la mirada de vuelta a su café, concentrada en mojar la magdalena el tiempo suficiente para que se empapase sin despanzurrarse por completo. Era una cosa muy interesante, sí. Mucho más que estar allí, frente a dos desconocidos sin demasiado decoro.

Por suerte, la caricia no fue a mayores. Johanna le dio un beso en la coronilla a Federico y se volvió para dejar su taza vacía en la pila y apuntar un par de cosas en la lista que pendía de la nevera.

La puerta se abrió y entró una joven de unos veinticinco, de pelo corto y negro y labios llenos y rosados. Llevaba un camisón más bien infantil, con un roto a la altura de la barriga quizá demasiado pequeño como para que se hubiera dado cuenta de que necesitaba un zurcido. Calzaba zapatillas desparejadas y tenía los ojos pequeños y entrecerrados por la falta de sueño.

Como una zombi, avanzó hasta Johanna y se colgó de su cuello entre gruñidos. Martina vio cómo las dos se besaban en los labios brevemente antes de que la chica, que debía de ser Valeria, hiciera lo mismo con Federico. Luego, aún aturdida y medio zombi, Valeria se le acercó para besarla. Por suerte, su sueño no superó a su percepción de la tirantez de Martina, que se había tensado en cuanto ella había ocupado su espacio personal.

—Ay, perdona, cielo, pensaba que eras Máxima —dijo Valeria con una sonrisa muy dulce—. Ya decía yo que no podía ser tan temprano.

—Es Martina, la dueña de la casa —respondió Johanna.

—Sí, sí. Nos conocimos ayer, ¿recuerdas? —Valeria gruñó y se inclinó sobre la pila para lavarse la cara y despejarse.

Martina se bebió la mitad del café de golpe y se levantó intentando que no pareciera demasiado precipitado. No quería que se dieran cuenta de hasta qué punto la había alterado la escena. Por un lado, la familiaridad de Johanna y Federico podría haberla achacado a una pareja de amigos o amantes con más bien poco pudor, pero tan pronto Valeria se había puesto a dar besos a diestro y siniestro sin prestar verdadera atención al receptor, algo se había encendido en su cerebro. Lo que Máxima y Gabriel le habían dicho la noche anterior no era mentira: aquella gente con la que vivían era un cúmulo de personas que se querían entre sí y se acostaban y besaban sin que hubiera diferencia. Sin importar su género o su estado civil. Todos con todos, sin vergüenza ni espanto.

Puede que Martina hubiera filosofado en el pasado respecto al poliamor y a lo bonito que sería poder querer a varias personas a la vez, pero una cosa era la idea de ir entrando poco a poco en el agua fría y otra lanzarse en picado desde la roca más alta sin pretender que el mar te sorprendiera.

—Tengo que ir a... He quedado con... —Martina hizo gestos torpes hacia la puerta y se levantó a toda prisa. Recogió su mochila del salón, donde llevaba todo lo que necesitaba para sobrevivir y viajar, y salió a toda prisa de su propio piso sin saber muy bien a dónde iba.

Podía hasta coger un avión y volver a refugiarse en Europa. Pero no lo haría.

En lugar de eso, buscó una cafetería con wifi y pidió un té que realmente no tenía ganas de beberse. Se conectó a internet con el portátil y abrió Skype en busca de Sonia. Allí estaba su contacto. Con un suspiro, se puso los auriculares e inició una llamada.

Su amiga la aceptó y apareció al otro lado de la pantalla, radiante y feliz, como siempre.

—¡Martina! ¿Has llegado ya a Madrid? ¿Todo va bien?

—Sí, estoy aquí.

—¿Y esa cara de susto que me traes?

—Bueno, no sé. Tú me dirás. ¿Qué hace toda esa gente viviendo en mi casa?

Sonia se echó a reír a carcajadas. Antes de que volviera, Sonia le había dejado caer que algo había cambiado en su vivienda, pero había dejado que lo descubriera ella misma. Ahora no le hacía demasiada gracia.

—Ay, Martina, ¡no me digas que te has asustado! Si es buena gente...

—Mira, yo no sé cómo de buenos o de malos serán, pero... ¡son un montón! ¡Y no conozco a ninguno más que a Máxima y a Gabriel! Y anoche me los encontré prácticamente en la cama con un tipo desconocido. ¡Es un *shock*! ¡Ponte en mi lugar!

Sonia volvió a reírse.

—Tendría que habértelo mencionado antes, ¿no?

—Hombre, un poco, ¿no te parece? Al menos para llegar preparada.

—Tampoco es tan raro.

—Son seis personas y todos parecen estar liados con todos. ¿A ti qué te parece? —Sonia se echó a reír otra vez—. ¡Y una casi me besa por error!

—Bueno, no es de extrañar. No eres nada difícil de mirar...

—¿Hola?

—¡Que es broma, mujer! Es broma, no te sulfures. Mira, es comprensible que sea un *shock* para ti. No es, ni de lejos, a lo que está acostumbrada la mayoría de la gente. Pero piensa que tienes la suerte de estar viviendo en un sitio muy bonito, rodeado de gente maravillosa que se quiere.

—Todavía no sé si quiero vivir ahí.

—¿Qué es tan diferente? ¿Qué todos estén liados con todos? Eso no es para tanto, mujer. Y sobre lo de que son desconocidos... ¿Me vas a decir que la gente con la que dormías en los albergues y en cuya casa te quedabas varios días lo eran menos?

—No, pero...

—No me seas así, anda. Has estado seis meses perdida en Europa y has hecho muchas cosas diferentes. Ahora has vuelto a casa y las cosas han cambiado. ¿Por qué no aprovechas y cambias tú con ellas?

—¿Quieres decir que me enrolle con ellos también?

—No necesariamente. No tienes por qué hacer nada que no te apetezca. Pero igual, si pasas al menos un par de días en la casa y ves la dinámica que tienen, se te pasa el susto. Igual hasta te convence.

Martina torció el gesto y sonrió. Se imaginó qué hubiera pasado si la chica del camisón roto le hubiera dado un beso de verdad. Tanto ella como Johanna eran chicas muy guapas. No, un momento. ¿Desde cuándo se andaba fijando en otras mujeres? Estaba bastante segura de ser heterosexual. ¿Hasta qué punto le había trastocado el estado de su casa?

—Bueno, voy a probar dos días —dijo Martina—, pero si veo que la cosa no termina de convencerme, me buscaré otra cosa.

—Estoy segura de que no vas a necesitarlo.

FINAL DE LA MUESTRA  
¿Te ha gustado esta muestra?

Adquiere la novela ya. Has click [AQUÍ](#)

